

**El puente del horror: imagen dialéctica y soberanía
en *La casa del dolor ajeno* de Julián Herbert**

Jorge Quintana Navarrete

Dartmouth College

La casa del dolor ajeno de Julián Herbert pone en juego un método de indagación histórica y una concepción de historicidad que cuestionan las implicaciones políticas de los modos tradicionales de la memoria. Este libro no es solo el testimonio de una masacre olvidada por la historia oficial de México—la muerte de 303 inmigrantes chinos que tuvo lugar en Torreón en 1911—sino también una reflexión sobre la historicidad concebida como una relación siempre abierta entre presente y pasado. Mientras que el relato progresista y teleológico de la historia toma la destrucción de cuerpos y territorios como sacrificios inevitables en el paso triunfante de la modernización, *La casa del dolor ajeno* pone en práctica lo que Herbert llama una *sobrescritura* que busca revelar el horror sistemático y al mismo tiempo multiforme que acecha al tiempo pasado y presente. El libro de Herbert es una apuesta por la *imagen dialéctica* (Benjamin) como procedimiento para mostrar las violencias inherentes en el proceso histórico de acumulación capitalista y su vínculo con la raza y la soberanía nacional. En este sentido, *La casa del dolor ajeno* piensa la matanza de chinos en 1911 como una ventana que permite atisbar las *edades del cadáver* (Villalobos-Ruminott), es decir, las continuidades y discontinuidades de la devastación en México y a escala planetaria.

En sus reflexiones metatextuales incluidas en el primer apartado, Herbert anuncia que se propuso componer un “relato ambiguo (...) donde los eventos del

pasado y sus muescas en el presente (y en mí) se engarzaran en un solo territorio” (Herbert 2016, 18).¹ De manera análoga, Walter Benjamin formuló una “revolución copernicana” en la concepción de la historia: entender el *otrora* ya no como un punto fijo al que el historiador se aproxima para comprenderlo, sino como un elemento en movimiento que irrumpe y colisiona con el *ahora*. Mientras que la filosofía de la historia establece una relación continua y suturada entre pasado y presente —de tal modo que el pasado termina por justificar el status quo presente que amenaza con preservarse indefinidamente—, la concepción benjaminiana de la labor historiográfica se dedica a promover la “dialéctica en suspenso” (Benjamin 2002, 462)—los encuentros conflictivos y momentáneos—entre el *otrora* y el *ahora*. El producto de ese choque entre tiempos es lo que Benjamin llamó imagen dialéctica: no es un relato ni una narrativa, sino una “fulguración” o “relampagueo” (Benjamin 2002, 462) que repentinamente ilumina el *ahora* para revelar su condición contingente y plenamente política. Esa fulguración—que dura mientras que el *ahora* sepa *leer* y *reconocerse* en el *otrora*—revela la historicidad como un proceso omnidireccional y rizomático: hace visible los anacronismos, las sobrevivencias, las irrupciones y las caídas del tiempo histórico.

Benjamin propone la figura de la cuerda deshilachada para concebir el verdadero carácter del tiempo histórico: “(...) se trata de una cuerda muy deshilachada y separada en mil mechales, que cuelga como trenzas desechas; ninguna de esas mechales tiene un lugar determinado antes de que todas sean retomadas y entrelazadas en un peinado” (en Didi-Huberman 2011, 171). Didi-Huberman, por su parte, ofrece una representación análoga: “como un film que no fuera proyectado con la velocidad adecuada y cuyas imágenes aparecieran entrecortadas, dejando entrever sus fotogramas, es decir, su esencial discontinuidad...” (173, 174). Las analogías de la cuerda deshilachada y el film lento funcionan también para comprender la sobreescritura de Herbert: una textualidad proliferante basada en la *superposición* y *juxtaposición* de fragmentos heterogéneos. No solo se trata de una escritura que se despliega sobre/encima de otras fuentes bibliográficas—“una antología de textos ajenos glosados

¹ La filiación benjaminiana no ha pasado desapercibida por la escasa crítica que ha estudiado el libro de Herbert hasta el momento. “*La casa del dolor ajeno* es, a mi parecer [sostiene Ignacio Sánchez Prado], una clara instancia en la cual las tesis de Benjamin se materializan en la coyuntura del neoliberalismo tardío mexicano” (428). Si bien no ahonda en la especificidad conceptual de la imagen dialéctica, Sánchez Prado propone también otras categorías para pensar el libro de Herbert: posmemoria (Hirsch), historia potencial (Azoulay), lugares de memoria (Nora), entre otras.

y/o plagiados...” (Herbert 2016, 19)—sino también una escritura que yuxtapone diversos géneros textuales para formar una totalidad conflictiva: crónica militar, ensayo histórico, reportaje periodístico, crítica cultural, semblanzas biográficas e incluso anécdotas sobre las vicisitudes de la pesquisa misma. Esta estructura reproduce a nivel formal la superposición y choque de los tiempos históricos que implica la noción de imagen dialéctica.

La sobreescritura de Herbert es una apuesta por desmontar la Literatura como institución social que históricamente ha naturalizado la consolidación de los Estados y la coetánea expansión de la acumulación capitalista. Desde las “ficciones fundacionales” (Sommer) del siglo XIX hasta la novela total del Boom latinoamericano, la novela ha servido como un dispositivo alegórico que representa y reconcilia la totalidad social en el contexto de la incorporación subordinada de los países latinoamericanos al sistema capitalista mundial. Herbert habla explícitamente de cómo la masacre de los chinos no podía ser narrada a través de las estrategias ficcionales de la novela histórica, debido a que “la ficción ya la había escrito el Espíritu Nacional” (18). En otras palabras, Herbert argumenta que escribir una novela histórica sobre estos eventos equivaldría a reproducir el marco y las leyes de enunciación que el propio Estado ha utilizado para legitimarse. Herbert afirma del mismo modo que su relato de la fundación de Torreón puede ser leído “en clave de parodia (...) de la novela latinoamericana del siglo XX” (19), quizás haciendo alusión a la fundación mítica de Macondo en *Cien años de soledad*. Torreón, en contraste con el pueblo imaginario de García Márquez, no es el sitio que posibilita una afirmación identitaria de Latinoamérica, sino el espacio que revela la lógica destructiva de la soberanía mexicana en su trayectoria modernizadora.

La apuesta estética de *La casa del dolor ajeno* está más cercana al terreno de la crónica, pero—como sugiere Ignacio Sánchez Prado (433)—se desmarca decisivamente del modelo de la llamada “crónica urbana” que practicaron escritores como Elena Poniatowska y Carlos Monsiváis en la segunda mitad del siglo XX. Un libro como *La noche de Tlatelolco* de Poniatowska se proponía tanto dar testimonio de la masacre de los estudiantes en 1968 como desmontar la hegemonía del régimen priísta a través de una crónica coral que ponía en escena el dialogismo y democratización de la sociedad civil. La crónica se presentaba como el género textual que prometía atisbar el horror de la masacre con el fin de criticar los presupuestos excluyentes y desarrollistas del Estado mexicano. Sin embargo, según ha mostrado Samuel Steinberg (24), *La noche de Tlatelolco* y la mayoría de las representaciones del movimiento estudiantil terminan por reproducir la narrativa sacrificial que ha sostenido a la soberanía estatal: la masacre

del 2 de octubre es considerada como el “doloroso nacimiento” de la transición democrática en México, de tal manera que se subsumen las muertes en una narrativa orientada hacia el futuro.² Esta narrativa sacrificial, al memorializar el momento de la masacre y no la lucha política ocurrida en los meses anteriores, cumple entonces el objetivo de desactivar el potencial emancipatorio que suponían las demandas de igualdad y democracia del movimiento estudiantil.

Raza y acumulación capitalista

A contrapelo de la novela y la crónica en sus versiones canónicas, la sobreescritura de Herbert interrumpe la pulsión de neutralizar los antagonismos y las diferencias irreconciliables de la historia. El libro inicia con una imagen dialéctica que establece el tono y la estructura del libro: Herbert visita la antigua casa de campo del doctor Walter J. Lim, un reconocido miembro de la comunidad china cuya finca fue saqueada y sus habitantes vejados durante la masacre de 1911. El propio Lim, quien se encontraba en ese momento en la ciudad, estuvo cerca de ser linchado por una multitud enardecida en la plaza central. La descripción detallada de la casa de campo se detiene en la presencia de dos moreras centenarias que “dan testimonio de su anhelo empresarial: la intención de convertir en productora de seda una comarca famosa por sus cultivos de algodón” (13). Después de una breve conversación con la maestra que lo recibe, Herbert anuncia que: “Estamos a las puertas del Museo de la Revolución, del que la maestra es directora. Es decir, a las puertas del chalet que fuera propiedad de Lim a principios del siglo XX” (13). En este momento se crea esa “fulguración” que es producto del choque entre el otrora y el ahora, un “relampagueo” que revela relaciones inusitadas entre el pasado y el presente. El Museo de la Revolución—que fue inaugurado por el Estado para celebrar el centenario de la fundación de Torreón en 2007—se revela como el espacio en donde coexisten dos momentos contradictorios: es uno de los lugares en donde se desarrollaron las vejaciones perpetradas por los revolucionarios en 1911 y, al mismo tiempo, un Museo que conmemora y configura la versión de la Revolución encargada de invisibilizar la propia masacre.

De esta manera, se opera una resignificación del Museo de la Revolución, el cual “pasa de espacio conmemorativo del centenario a archivo materia de la violencia constituyente del Estado mexicano posrevolucionario en la región” (Sánchez Prado

² Como sostiene Steinberg, la narrativa sacrificial está perfectamente ilustrada en el mensaje que memorializa el choque entre las “tres culturas” en la plaza de Tlatelolco: “No fue triunfo ni derrota, fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy”.

2017, 432). La violencia necesaria para consolidar el Estado tiene que ver con el nudo entre raza, soberanía y acumulación que se va hilando a lo largo del libro. En su exposición de la historia de La Laguna, Herbert muestra que desde el Virreinato esta región estuvo bajo el poder de grupos de agricultores que luchaban por el control de los recursos naturales (agua y tierra), al mismo tiempo que se oponían a la injerencia del gobierno central y exterminaban a las bandas de indígenas nómadas. Más tarde, en el siglo XIX la fundación de Torreón es inseparable de la “utopía eugenésica” (Herbert 2016, 40) del Porfiriato, la cual suponía que “mejorar la especie”—a través de la llegada de inmigrantes blancos europeos—tendría como resultado la modernización económica y cultural del país. Gracias a la construcción de las vías del tren, Torreón se convirtió rápidamente en una ciudad pujante, “el más sonoro éxito de la ingeniería social porfiriana (pero, a pesar de los designios del Porfiriato) había muchos más migrantes mexicanos, chinos y estadounidenses blancos y negros que europeos” (40). La Revolución de 1910 no significó la anulación de las relaciones sociales capitalistas en la región; por el contrario, Francisco Madero—proveniente de una familia terrateniente de La Laguna—“negoció con los líderes rebeldes a través de emisarios y de cartas a fin de convertir a la tropa ya no en una fuerza de destrucción y saqueo, sino en los nuevos guardianes de la prosperidad burguesa” (50).

Como muestra Herbert, en todo este proceso de expansión capitalista la comunidad china en Torreón jugó un papel crucial, si bien breve. Luego del fracaso de las políticas de atracción de inmigrantes europeos, el gobierno de Porfirio Díaz promovió el arribo de migrantes chinos, quienes habían sido expulsados de Estados Unidos en 1882. Los migrantes cantoneses eran en su mayoría varones solteros que se dedicaron a las más diversas ocupaciones desde la agricultura y el comercio hasta oficios considerados “femeninos” como lavar la ropa. Hacia principios del siglo XX, la colonia china torreonense no era muy numerosa, pero había logrado una posición económica influyente. El Banco Chino en Torreón ayudó a otorgar préstamos a los inversionistas chinos, al mismo tiempo que establecía relaciones con capitales transnacionales (de China, Canadá y Estados Unidos). La colonia china era, pues, “una colonia capitalista: la única que competía abiertamente con las altas burguesías estadounidense y nacional en 1911” (122). No cabe duda de que los empresarios mexicanos veían con recelo el auge económico que los capitalistas chinos lograban en la Laguna. Fue este recelo ante la competencia económica —fundamentado en los sentimientos de sinofobia que Herbert rastrea en todas las capas sociales— lo que explica el carácter supuestamente

“espontáneo” de la masacre de Torreón.³ En términos prácticos, los hechos ocurridos en 1911 constituyeron el comienzo del declive de la colonia china en la región.

Así pues, *La casa del dolor ajeno* revela que la masacre debe ser explicada tomando en cuenta la larga historia de racismo y acumulación primitiva en la Laguna. Hay una continuidad evidente entre el exterminio de grupos indígenas durante el Virreinato, la “utopía eugenésica” del Porfiriato y la masacre de chinos en 1911. Aun más, la imagen dialéctica que abre el libro sugiere que cierta relación naturalizada entre raza, soberanía y acumulación se mantiene hasta el presente y es precisamente lo que ha impedido el reconocimiento de la matanza de chinos en Torreón. Los sueños eugenésicos porfiristas se han preservado y, al mismo tiempo, transformado a través de lo que Lund llama el “Estado mestizo”: “the mestizo state resonates materially as a historical-political process of state formation and capitalist penetration that explains itself to itself, indeed sustains itself, by drawing on a discourse of race” (Lund 2012, XV). Si bien intelectuales porfiristas como Justo Sierra ya defendían ciertas ideas “mestizófilas”, fue a partir de la Revolución que el Estado mexicano sostuvo su proyecto de modernización capitalista en la construcción de una “fictive ethnicity” (Balibar): un pueblo nacional de rasgos mestizos que aseguraría el fin del “atraso” económico del país. La llegada de inmigrantes europeos y chinos—que fracasó en términos numéricos durante del Porfiriato—fue sustituida por políticas que promovían la mezcla biológica y cultural entre las poblaciones del país. Sin embargo, el pueblo mestizo era imaginado *exclusivamente* como producto de la mezcla eugenésica entre indígenas y europeos, de tal manera que otros cuerpos racializados (como los chinos, afrodescendientes, judíos, etc.) quedaban fuera de la ecuación.

Herbert argumenta que la matanza de Torreón fue el caso de sinofobia más trágico y lamentable pero no el último en el país: “En vez de cesar tras la masacre, las persecuciones antichinas se recrudecieron durante los primeros gobiernos revolucionarios, y, aunque nunca más involucraron tantas muertes, el clima racista se incrementó en los medios de información, la vida cotidiana y las leyes” (249). Particularmente en el estado fronterizo de Sonora, los gobernadores expidieron leyes que prohibían el matrimonio entre chinos y mexicanos, confinaban a la comunidad china en barrios aislados y, finalmente en 1931, expulsaban a todos los ciudadanos

³ La “versión oficial” de la matanza, la cual es reproducida por la mayoría de los historiadores hasta la fecha, afirma que esta masacre fue perpetrada “espontáneamente” por las masas anónimas que seguían a los ejércitos revolucionarios en busca de obtener ganancias (robos, saqueos, etc.).

chinos del estado. Los discursos que sostenían la sinofobia revolucionaria estaban íntimamente relacionados con el nacionalismo económico (controlar los recursos para el beneficio de los mexicanos), el mestizaje de rasgos eugenésicos (crear biológicamente una raza nacional apta) y la salubridad pública (eliminar los elementos antihigiénicos y propagadores de enfermedades). El libro de Herbert evidencia, pues, la perspectiva *orientalista* que el Estado mexicano ha destinado a su propia población: “As Herbert demonstrates, Orientalism, therefore, is not only an operation that conceptualizes foreign geographies as ‘far away’ and ‘outside’; but also, it fragments the very space of national sovereignties, and works as the terrain where biopolitical distinctions from the ‘inside’ of the state are established” (Torres-Rodríguez 24). Debajo de un relato de aparente reconciliación y concordia racial, durante buena parte del siglo XX la hegemonía del Estado mestizo naturalizó sus propias implicaciones políticas como un ordenamiento biopolítico orientado en definitiva al blanqueamiento progresivo y la modernización compulsiva del país.

En la escena que abre el libro, Herbert se adentra en el Museo y no encuentra menciones explícitas de la matanza ocurrida al inicio de la Revolución. Sin embargo, una primera plana del periódico *El imparcial* habla de los éxitos del ejército huertista en 1914 y, en una nota periférica, como si se tratara de uno de esos elementos perturbadores que inevitablemente minan la supuesta homogeneidad de todo archivo, se comunica la llegada de una misión diplomática proveniente de China. Se trata, según Herbert, de una misión que probablemente arribó a México para reclamar el pago de la indemnización que Madero prometió al país oriental. Al salir por la puerta trasera del Museo, Herbert se sorprende ante el contraste entre la entrada principal del edificio—adornada y elegante—y el carácter precario de la salida posterior: “Así ha de verse, pienso, la parte trasera de cualquier construcción histórica: será una zona de obscenidad elemental, la imagen de la estructura que ha sido despojada de los adornos que le impuso la jardinería; es decir, la retórica” (34). *La casa del dolor ajeno* se propone, pues, echar luz sobre esa “zona de obscenidad” del archivo: esos silencios o regiones opacas que demuestran la condición abierta del pasado. En el archivo, como sugiere Derrida, se juega no solamente el pasado, sino—decisivamente—se juega el estatus ontológico del futuro: en todo archivo coexisten la posibilidad de reproducción del pasado fosilizado y la afirmación de una apertura radical hacia la incalculabilidad de lo que está por venir.

Qué difícil es caminar por una calle
sin que te salgan al paso varias
generaciones de esqueletos
La casa del dolor ajeno

A lo largo del libro, Herbert intercala una serie de apartados titulados “Taxi” que narran los viajes del autor en busca de fuentes documentales. En uno de esos apartados, Herbert le pregunta al taxista que conduce el coche: “¿Tú sabes quién mató a los chinos?” (91). Sorprendentemente, no recibe la respuesta habitual que se ha transmitido por tradición oral y que designa—erróneamente—a Pancho Villa como el principal perpetrador de la matanza; por el contrario, el taxista—quien Herbert supone es uno de esos “impenitentes fumadores de piedra” (91)—responde: “Han de haber sido los Zetas, ¿no? Esos weyes son los que matan a todos” (92). Este momento de ambigüedad, que surge del aparente desconocimiento del taxista con respecto a la matanza de chinos, ilumina sin embargo una historia de violencia que se prolonga adoptando diversas formas hasta el presente. Esta imagen dialéctica crea repentinamente una chispa que permite indagar las continuidades y discontinuidades entre la masacre de chinos en 1911 y las violencias heterogéneas del presente neoliberal.

Sergio Villalobos-Ruminott ha propuesto una *geología* general encargada de esclarecer las *edades del cadáver*, es decir, los estratos y las dinámicas de suelos en que se posan los cadáveres. Más allá de las diferencias contextuales entre casos específicos de violencia, Villalobos está interesado en dilucidar las transformaciones a largo plazo de los regímenes históricos que posibilitan y diversifican la violencia inherente al despliegue planetario de la acumulación capitalista y la soberanía. Así, por ejemplo, la narcoviencia, los feminicidios, las desapariciones sistemáticas y la migración forzada son fenómenos contemporáneos que se encuentran alojados en una misma placa tectónica que se asienta en Latinoamérica a partir del golpe de Estado en Chile y la consiguiente transición en toda la región hacia un régimen neoliberal y posnacional. Se trata, pues, de una transformación geológica sostenida en la “suspensión fáctica de la soberanía” (207): las fuerzas desterritorializantes del neoliberalismo han desbordado fácticamente la soberanía basada en el Estado nacional y en el derecho, configurando de este modo un nuevo orden planetario.

Por supuesto, como muestra Villalobos-Ruminott, no es posible decir que esta transformación geológica implica una neutralización de la soberanía en sí misma, sino que se trata más bien de una mutación y atomización de la excepción soberana como

derecho de matar y decidir la suspensión de garantías sin ser sujetado por un orden legal. Las nuevas formas de soberanía no estatal (financiera, paramilitar, etc.) se superponen—en ocasiones compiten y entran en conflicto, en otras ocasiones establecen alianzas y complicidades—con las formas tradicionales de soberanía. Del mismo modo, los nuevos patrones flexibles de acumulación se yuxtaponen a los antiguos modos de expansión capitalista, de tal manera que, por ejemplo, lo que Marx llamó la acumulación primitiva u originaria coexiste con la financiarización de la economía: una misma empresa transnacional puede participar en la expropiación de recursos minerales comunitarios y en transacciones especulativas de capital que no producen bienes materiales. Así pues, esta compleja red de relaciones entre soberanía y acumulación, en sus múltiples manifestaciones que se imbrican de maneras novedosas en el presente, delimitan las “condiciones específicas de producción” (209) del cadáver en la época contemporánea.

En el libro de Herbert, la respuesta del taxista “Han de haber sido los Zetas, ¿no?” revela precisamente los contornos de la transformación geológica de la que habla Villalobos. Si, por mencionar dos casos, la masacre de chinos en 1911 y la matanza de Tlatelolco fueron producto de una violencia con motivación racial o política, la presencia de los Zetas constituye la emergencia inédita de una “forma corporativa de soberanía” (Villalobos 2016, 212) que decide la vida o muerte de los individuos: “Esos weyes son los que matan a todos”. Hay, por supuesto, diferencias ideológicas evidentes entre los revolucionarios maderistas de 1911 y una organización criminal como los Zetas, pero ambos grupos ejercen a su manera la brutalidad de la excepción soberana y aseguran la circulación del capital en el territorio nacional. En todo caso, los Zetas representan una nueva articulación entre soberanía y acumulación capitalista en el México neoliberal. Por un lado, las desapariciones, ejecuciones masivas y diversas estrategias de terror realizadas por esta organización criminal son una muestra del recrudescimiento de la crueldad asociada con el poder soberano absoluto. Al mismo tiempo, como ha estudiado Guadalupe Correa-Cabrera, los Zetas representan una “corporación criminal”—no un mero cártel de narcotráfico—que ha adaptado algunas estrategias de las corporaciones transnacionales en el contexto neoliberal: diversificación de servicios y productos—tráfico de drogas y personas, secuestros, robos de gasolina e incluso extracción de recursos naturales—*outsourcing* de servicios, encauzamiento de capitales transnacionales, etc. Por supuesto, el vínculo íntimo entre la “violencia expresiva” (Segato) ejecutada por los Zetas y su modelo neoliberal de negocios

involucra también una relación importante—a veces conflictiva, pero a menudo de cooperación—con los aparatos policiales y securitarios del Estado.

Organizaciones como Los Zetas han sabido aprovechar las oportunidades de expansión que les ofrece México como un territorio atravesado por los flujos de migrantes, mercancías y droga hacia Estados Unidos, el mercado más grande del mundo. En muchos casos, como en el fenómeno de la migración, los Zetas solamente han intensificado un proceso que ha sucedido durante muchos años. Herbert incluye, por ejemplo, una escena ocurrida en 1911 que resulta extrañamente familiar: cinco varones chinos viajaron desde Cantón hasta Ensenada en barco, más tarde fueron conducidos hacia Estados Unidos por dos “coyotes” mexicanos que—luego de recibir su pago—se encargaron de ponerlos en manos de una “red sinoamericana de traficantes de personas” (97). El modo de presentación de esta escena, así como el lenguaje utilizado, busca claramente crear una resonancia cognitiva con el fenómeno reciente de migración de mexicanos y centroamericanos hacia el norte, incluyendo el hecho de que se representa a los migrantes “cual si de mercancía se tratase” (96). La colisión entre el otrora y el ahora que se logra en esta imagen tiene el resultado de sugerir las continuidades, pero sobre todo las diferencias entre los dos momentos históricos: se trata, en todo caso, de una diferencia de grado que exagera el fenómeno migratorio hasta sus consecuencias más crueles. Los Zetas han encontrado maneras de exprimir mayor plusvalía de los cuerpos de los migrantes a través ya no solo del tráfico de su fuerza de trabajo, sino también por medio de secuestros y extorsión de familiares, explotación sexual, cobro de “derecho de paso” por las rutas bajo su control, etc.

El libro de Herbert está concernido en la tarea de mapear a nivel planetario la genealogía de nuestro presente neoliberal. La masacre de chinos resulta un punto preciso que revela en realidad una red de relaciones de amplio alcance en términos de espacio y tiempo. Para entender la relevancia actual de la matanza de 1911, Herbert no solamente repasa la historia de la región lagunera y de México desde el Virreinato hasta eventos recientes como la desaparición de 43 estudiantes de la Normal de Ayotzinapa. También se ve obligado a examinar la historia transpácífica de contactos entre China y el continente americano, incluyendo el contexto transnacional de sinofobia (el *Chinese Exclusion Act* fue firmado en Estados Unidos en 1882 y tuvo consecuencias en México). Del mismo modo, *La casa del dolor ajeno* indaga en las circunstancias que llevaron al desplazamiento forzado de una gran cantidad de ciudadanos chinos, quienes—al igual que la Caravana migrante reciente—consideraban la migración como “sinónimo de supervivencia” (70). Herbert anuncia que “Es imposible resumir la historia de un país

tan ajeno (China)” (74), pero el relato que viene a continuación resulta, de nuevo, extrañamente familiar para un lector en sintonía con la historia mexicana. Los procesos históricos alrededor de la llamada diáspora china—iniciada en 1848—tienen grandes afinidades con la historia de otra región periférica como México en ese mismo periodo histórico: Herbert resume las repercusiones de las guerras colonialistas (las dos Guerras del Opio, “un ejemplo escolar de la doble moral del capitalismo” (74)) cuyo fin era asegurar la libre circulación de mercancías y la expansión del capital en nuevos terrenos; recapitula, también, las guerras intestinas de carácter nacionalista (la rebelión Taiping) que enfrentaron dos visiones distintas del Estado nación. En suma, el libro de Herbert pone en escena una verdadera indagación *geológica* o planetaria de la dinámica de suelos que originó nuestra coyuntura neoliberal.

El puente del horror

Inmediatamente después de la narración detallada de la masacre de chinos en Torreón, Herbert introduce un apartado titulado “Un curso de monstruos” en el que relata su participación en un taller de lectura dirigido a niños y jóvenes de Apatzingán, en la región de Tierra Caliente, Michoacán. Se trata de una región que ha sufrido particularmente los efectos de esa “guerra civil moderna” (Correa-Cabrera) que conocemos como guerra contra el narcotráfico, lanzada en 2006 por el presidente Felipe Calderón. Cuando se llevó a cabo este taller (noviembre del 2014), la zona de Tierra Caliente había sido declarada “Tierra Liberada” del control de los cárteles, gracias presuntamente a la estrategia puntual del presidente Enrique Peña Nieto. Herbert narra las anécdotas terribles que le contaron esos niños y jóvenes y describe el ambiente de tensa calma que se vivía en Apatzingán. El 6 de enero del 2015, unas semanas después del curso impartido, se llevó a cabo una masacre de civiles—antiguos miembros de autodefensas que habían sido desarmadas—por parte del Ejército en la plaza central de este pueblo. La constelación que forma esta nueva masacre con la matanza de chinos descubre no una mera semejanza, sino una “sintaxis” (Herbert 2016, 223) que une a estas y otras instancias de violencia. Al igual que ocurrió después del exterminio de Torreón y de la desaparición de los estudiantes de Ayotzinapa, las autoridades federales intentaron ocultar los hechos que realmente sucedieron en Apatzingán, los cuales fueron revelados más tarde por un reportaje de la periodista Laura Castellanos. En todos estos casos, como sugiere Herbert, se buscó crear una versión oficial que ocultara la verdadera responsabilidad del Estado en los acontecimientos. Una sintaxis de la impunidad: la imposición de una “verdad histórica”—frase que utilizó el procurador de

justicia para referirse a la versión oficial en el caso de Ayotzinapa—que intenta inmunizar al Estado de su propia violencia.

La descripción de la matanza de Apatzingán en *La casa del dolor ajeno* hace patente el devenir canalla del Estado en la coyuntura neoliberal, en particular tras el lanzamiento de la “guerra contra el narcotráfico”. Como afirma Villalobos: “el mismo Estado se vuelve canalla o criminal, operando de dos formas aparentemente contradictorias: intensificando las políticas securitarias y policiales destinadas al control social, interno e internacional, por un lado; y haciéndose parte de los mismos procesos de acumulación para-legal (narcotráfico, corporativización de servicios, fomento de la deuda, guerra como emprendimiento privado, etc.), por otro lado” (Villalobos 2016, 206). La militarización de la seguridad pública, apoyada por los recursos económicos y estratégicos de Estados Unidos, creó un incremento palpable de la violencia especialmente en las regiones en las que se concentraron los operativos militares y policiales (Zavala 2018, 20). El terror desplegado en estas regiones ha causado la destrucción y el desplazamiento forzado de comunidades rurales enteras, cuyos territorios quedan ahora disponibles para la extracción privada—fomentada por las políticas neoliberales del gobierno—de los recursos naturales y la expansión de diversas industrias (Paley 2014, 16). Al mismo tiempo, la proliferación de organizaciones paramilitares, ya sean de carácter criminal, fundadas por élites empresariales para la seguridad privada o por grupos comunitarios de autodefensa, ha intensificado la violencia hasta crear una guerra inédita que ya no responde a las categorías tradicionales de guerra ocurridas durante el “nomos” de la tierra.

El apartado “Un curso de monstruos” termina con la siguiente oración: “Reprimir (y aun: exterminar) a un grupo determinado de la población tomando como pretexto el bien público y el orden, no es otra cosa (incluso cuando se trata de delincuentes) que una ilusión esquizoide: la legalización subrepticia del caos” (Herbert 2016, 224). Esta cita toca el corazón de la noción de soberanía y del fenómeno que Gareth Williams ha llamado *la excepción mexicana*: en el afán de mantener el orden, la soberanía debe legalizar el caos, es decir, debe guardarse el derecho de suspender el orden legal para preservar ese mismo orden. El libro de Herbert muestra que la capacidad de decidir el estado de excepción no es una manifestación ocasional y extrema en la historia de México, sino que constituye la razón de ser y el motor de la constante actualización histórica de la soberanía. Según sostiene Williams: “the point is not that Mexico is now living a state of exception that can or should be corrected or modified in order to finally become a democracy. The point is that ‘the exception’ is

the ground, the very heart and soul, of state reason” (Williams 2011, 28). En última instancia, el estado de excepción no es una mera “excepción” ni tampoco una particularidad de México, sino—como sugería Benjamin en sus *Tesis sobre el concepto de historia*—una regla que facilita la preservación del statu quo planetario.

La casa del dolor ajeno termina con un apartado autoficcional que escenifica el horror del estado de excepción permanente. Herbert y su familia viajan al “pueblo fantasma” de Ojuela, el cual está separado de la antigua mina de Santa Rita por un barranco sumamente profundo. Pueblo y mina están unidos por un puente metálico colgante que se construyó a finales del siglo XIX durante el auge de la empresa extractiva. Herbert recuerda que este escenario ha sido representado en numerosas películas de vaqueros y reflexiona: “Esto es un *western*” (260). Esta oración—que también se encuentra como una suerte de epígrafe antes del primer capítulo del libro—anuncia que *La casa del dolor ajeno* puede ser leído como una narrativa que pone en escena la constante acumulación primitiva de los territorios y el genocidio de cuerpos racializados que encontramos de manera idealizada en el género del *western*. Mientras cruzan el interminable puente colgante, el autor confiesa: “Intenté ver el vacío entre la niebla farragosa. Intenté olvidarme de las ganas de saltar” (262). Enfrentar el abismo, sentir vértigo y al mismo tiempo atracción por el vacío: ese es el *ethos* escritural de Herbert. Esta escena parece sugerir que repasar con ojo crítico la historia de México y el mundo es análogo a caminar por un puente estrecho y extenso en medio del abismo: “el puente del horror” (263). Ese abismo—esa falta de principios estables y duraderos—es el vacío que sostiene a la soberanía, la cual necesita renovar constantemente su mandato de fuerza sobre los cuerpos para compensar su precariedad constitutiva. Pero ese abismo es también, como sugiere Williams, “the principle of ruin that consumes it (sovereignty) and undermines it from within” (25) y que abre la promesa de una política por venir.

La casa del dolor ajeno pone en juego una sobreescritura orientada a materializar imágenes dialécticas que desactivan las narrativas desarrollistas y sacrificiales de la historia. El libro de Herbert no involucra la creación de una contrahistoria o el descubrimiento de una tradición olvidada que proyecte un ideal futuro y una pedagogía para conseguirlo. Por el contrario, *La casa del dolor ajeno* busca crear un *shock* sensible en los lectores con el fin de revelar e interrumpir los principios fundamentales que constituyen material y discursivamente al presente. Esta operación desestabilizadora pone de manifiesto que “la copertenencia entre soberanía y acumulación” (Villalobos) es un proceso en constante marcha y transformación histórica que ha requerido

inevitablemente la devastación de cuerpos y territorios. La masacre de 303 inmigrantes chinos en Torreón en 1911 se presenta entonces como un momento específico en una serie histórica de largo alcance; de manera análoga, la excepción mexicana resulta una coyuntura particular que está encadenada a un proceso planetario. Este intrépido viaje por el “puente del horror” nos enfrenta a las “generaciones de esqueletos” que caminan diariamente a nuestro lado. De repente, *nosotros* somos más que el nosotros y *ahora* ya no coincide con el ahora: en esa disociación—en ese desarreglo de las estructuras de espacio y tiempo que organizan la realidad—se abre un espacio mínimo y momentáneo que promete quizás un cambio de rumbo.

Obras citadas

- Benjamin, Walter. 2002. *The Arcades Project*. Translated by Howard Eiland and Kevin McLaughlin. New York: Harvard University Press.
- Correa-Cabrera, Guadalupe. 2017. *Los Zetas Inc. Criminal Corporation, Energy and Civil War in Mexico*. Austin: University of Texas Press.
- Derrida, Jacques. 1998. *Archive Fever: A Freudian Impression*. Translated by Eric Prenowitz. Chicago: University of Chicago Press.
- Didi Huberman, George. 2011. *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Herbert, Julián. 2016. *La casa del dolor ajeno. Crónica de un pequeño genocidio en La Laguna*. Barcelona: Literatura Random House.
- Lund, Joshua. 2012. *The Mestizo State. Reading Race in Modern Mexico*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Paley, Dawn. 2014. *Drug War Capitalism*. Oakland: AK Press.
- Sánchez Prado, Ignacio. 2017. “La casa del dolor ajeno de Julián Herbert. No-ficción, memoria e historicidad en el México contemporáneo”, *MLN* (132): 426-440.
- Steinberg, Samuel. 2016. *Photopoetics at Tlatelolco. Afterimages of Mexico, 1968*. Austin: University of Texas Press.
- Torres-Rodríguez, Laura. 2018. “Into the ‘Oriental’ Zone: Edward Said and Mexican Literature”. *Mexican Literature in Theory*. Ed. Ignacio Sánchez Prado. New York: Bloomsbury.

- Villalobos-Ruminott, Sergio. 2016. *Heterografías de la violencia. Historia Nihilismo Destrucción*. Adrogué: Ediciones La Cebra.
- Williams, Gareth. 2011. *The Mexican Exception. Sovereignty, Police, and Democracy*. New York: *Palgrave Macmillan*.
- Zavala, Oswaldo. 2018. *Los cárteles no existen. Narcotráfico y cultura en México*. México: Malpaso.